

Isabel Olid Martina Vanda
¡Estela, grita muy fuerte!

27



pasos
de luna





*A mis hijos,
para que aprendan a gritar cuando lo necesiten.*

*A mi madre,
para que aprenda a escucharme cuando grito.*

También le gusta jugar con sus amigos en la escuela. Tiene muchos amigos: Guille, Bruna, Blai, Ana, María... Pero su amiga, su mejor amiga, es Lucía. Con Lucía puede jugar a un millón de cosas, lástima que tenga tan mal genio.

El otro día, por ejemplo, a la hora de la lectura, Estela escogió un libro precioso con peces de colores lila, que es su color preferido, y Lucía se enojó porque ella también quería leerlo y empezó a pellizcarla en los brazos y las piernas. Estela, que no sabía qué hacer, se puso a llorar bajito y se imaginó que era un pájaro de color naranja que volaba muy arriba, arriba, y que subía hasta



el techo para que ya no la pellizcaran más.



Cuando Estela dejó de sentir las uñas de Lucía, abrió los ojos y se miró las manos; quería ver si ahora eran alas, saber si había logrado transformarse en pájaro y escapar. Pero no, era la maestra Conchita que las había separado y regañaba a Lucía por su mal carácter incontrolable.

—Pero Estela, preciosa, ¿por qué no has dicho nada? Te dejó llena de marcas...

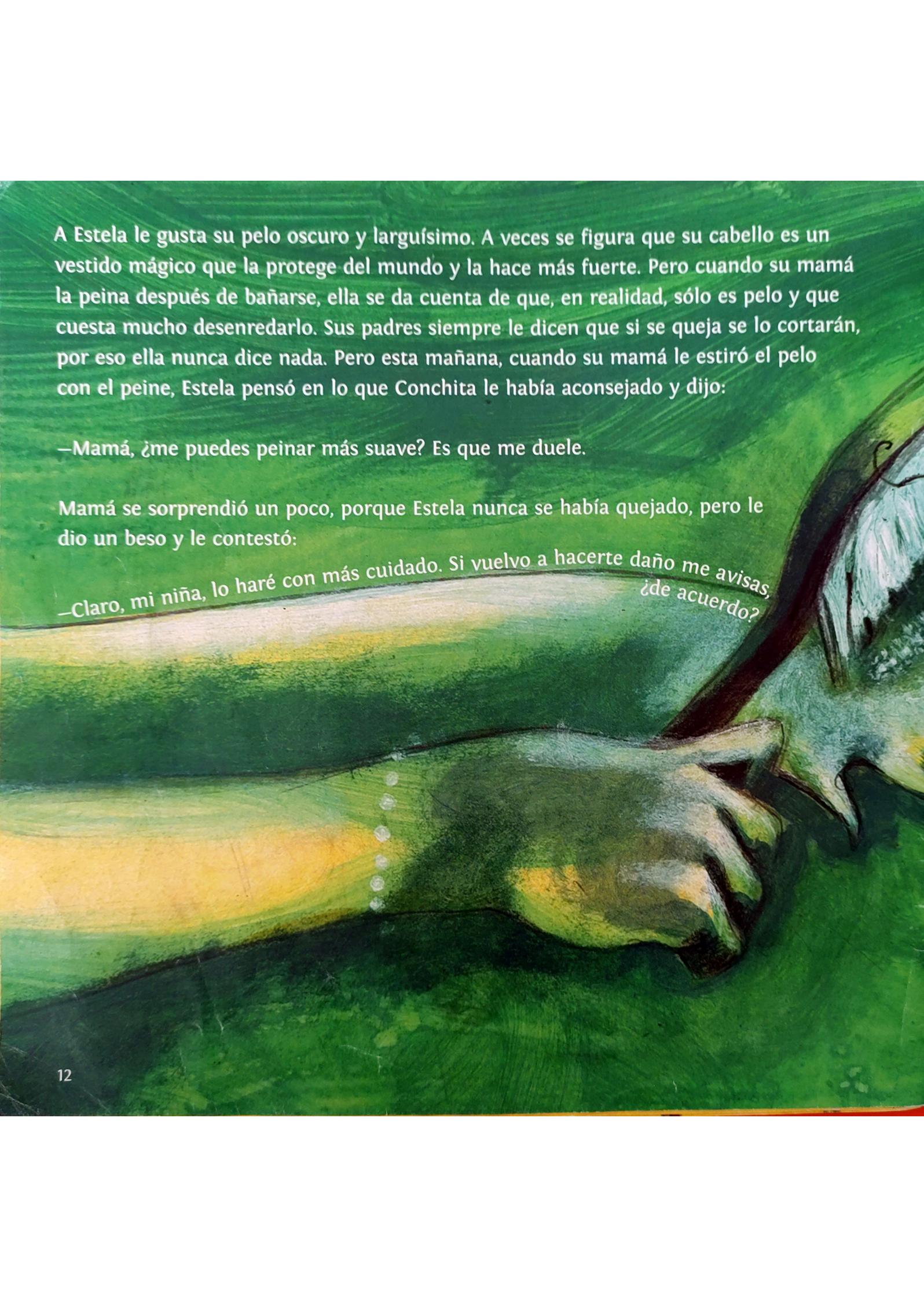
—Es que... no sabía qué hacer.

Estela se encoge de hombros y mira a Lucía, que ya tiene cara de arrepentida.

—¿Verdad que no te gusta que te peguen? —le pregunta Conchita, y Estela dice que “no” con la cabeza—. Pues cuando alguien te haga algo que no te guste tienes que decirle que pare. Y si no para, entonces **gritas** muy fuerte hasta que vengan a ayudarte. No debes dejar que te hagan daño.

—Y tú, Lucía, aprende a pedir las cosas. No puede ser que por culpa de tu mal genio le hagas daño a tu mejor amiga. Mejor dale un beso y pídele perdón a Estela.





A Estela le gusta su pelo oscuro y larguísimo. A veces se figura que su cabello es un vestido mágico que la protege del mundo y la hace más fuerte. Pero cuando su mamá la peina después de bañarse, ella se da cuenta de que, en realidad, sólo es pelo y que cuesta mucho desenredarlo. Sus padres siempre le dicen que si se queja se lo cortarán, por eso ella nunca dice nada. Pero esta mañana, cuando su mamá le estiró el pelo con el peine, Estela pensó en lo que Conchita le había aconsejado y dijo:

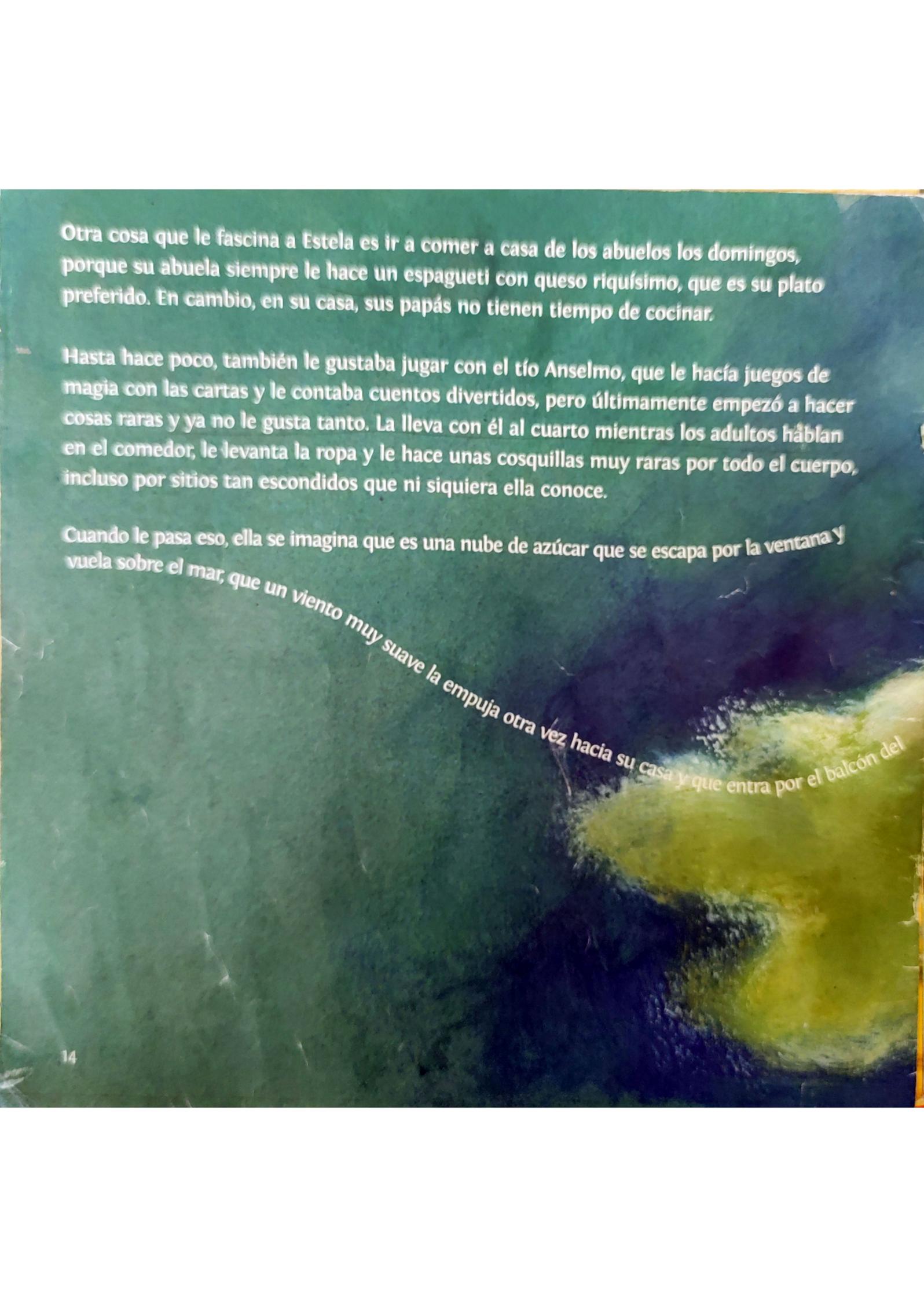
—Mamá, ¿me puedes peinar más suave? Es que me duele.

Mamá se sorprendió un poco, porque Estela nunca se había quejado, pero le dio un beso y le contestó:

—Claro, mi niña, lo haré con más cuidado. Si vuelvo a hacerte daño me avisas, ¿de acuerdo?



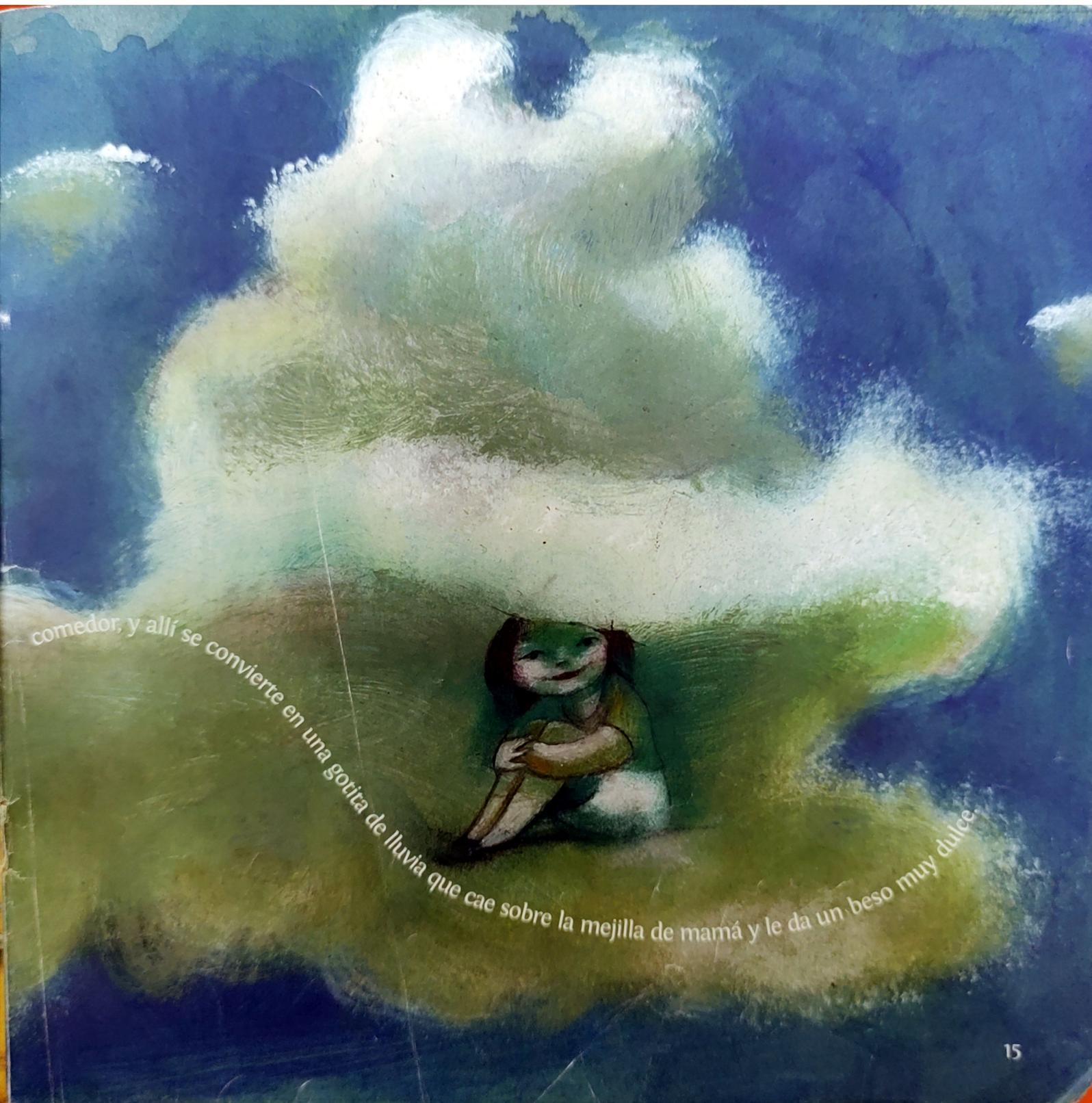
Estela está contentísima. ¡El truco de Conchita funciona!



Otra cosa que le fascina a Estela es ir a comer a casa de los abuelos los domingos, porque su abuela siempre le hace un espagueti con queso riquísimo, que es su plato preferido. En cambio, en su casa, sus papás no tienen tiempo de cocinar.

Hasta hace poco, también le gustaba jugar con el tío Anselmo, que le hacía juegos de magia con las cartas y le contaba cuentos divertidos, pero últimamente empezó a hacer cosas raras y ya no le gusta tanto. La lleva con él al cuarto mientras los adultos hablan en el comedor, le levanta la ropa y le hace unas cosquillas muy raras por todo el cuerpo, incluso por sitios tan escondidos que ni siquiera ella conoce.

Cuando le pasa eso, ella se imagina que es una nube de azúcar que se escapa por la ventana y vuela sobre el mar, que un viento muy suave la empuja otra vez hacia su casa y que entra por el balcón del



comedor, y allí se convierte en una gotita de lluvia que cae sobre la mejilla de mamá y le da un beso muy dulce.



La primera vez que el tío Anselmo lo hizo, ella le preguntó por qué le quitaba la ropa y él le dijo que era su sobrina preferida, que la quería mucho, y que ese juego era el más secreto de todos. Como Estela era la sobrina a quien más quería, debía hacerle caso y guardarle el secreto.

Estela no acababa de entender aquel juego tan desagradable, porque se supone que los juegos deben de ser divertidos, pero no quería que el tío Anselmo se enojara por su culpa, así que mejor se callaba y se aguantaba.

Pero hoy, cuando su tío empezó a tocarla, Estela sintió vergüenza de pies a cabeza y recordó el consejo de Conchita y cómo su mamá le había hecho caso al peinarla y le dice:

-Tío Anselmo, lo que me haces no me gusta nada. ¡Déjame en paz!

El tío Anselmo no le hace caso y Estela siente que desde dentro le sale un **grito enorme**.

Un **grito** tan fuerte que se escapa por la ventana y viaja mar adentro, resuena por China y por Australia, y se unen los pingüinos del Polo Sur y las jirafas de África. Y entonces toda ella se convierte en el grito, y siente cómo tiemblan las hojas de los árboles de la selva, cómo los caracoles esconden los cuernos, cómo los perros corren a esconderse debajo de las camas y todas las nubes se ponen a llover.







En ese momento el tío Anselmo le arregla el vestido con rapidez y aparecen por la puerta mamá y papá, los abuelos, la tía Carla, el tío Jaime y hasta la prima Miriam. —¿Qué pasó? —preguntan todos a la vez. El tío Anselmo, que de golpe se puso pálido como la leche, dice: —No, nada, estábamos jugando.



Estela lo mira y dice:

—Sí, pero a un juego que no me gusta nada.

Y Estela corre hacia mamá, que la abraza y le da un beso muy tierno.

Estela tiene muchas cosas que contarle a su mamá, pero lo hará mañana.

Hoy sólo tiene ganas de abrazarla.

